

Braulio Arenas.

Adiós a la familia

PRIMERA PARTE



ANTONIETA tenía cinco amigas íntimas. Leonor era su amiga de la infancia; Carmen, como su nombre lo indica, era la amiga amante de la música y de la ópera; Eliana, su compañera para el cine y Olga, la que corría en bicicleta con ella. ¡Dios mío!, sólo eran cuatro sus amigas. La quinta, si se me permite decirlo, era Antonieta. Antonieta era amiga de Antonieta. Antonieta se llamaba Antonieta. Sus amigas restantes explicaban sus aficiones. La chica se entusiasmaba con los fonógrafos, con las películas de los hermanos Marx, con el vértigo del pavimento. A Leonor la quería por ella misma. Juntas rememoraban los años de la niñez y trazaban planes para la edad madura, pues estaban recién en los años de la infancia. Antonieta tenía un perfil egipcio, una inmovilidad egipcia y realizaba, si se me permite la expresión, los sueños de ser la hija de Antonio y de Cleopatra.

¡Oh, triste desilusión! El padre de Antonieta se llamaba Diego; su madre se llamaba Victoria. Ella los identificaba a los padres que debieron ser. Les decía:

- Venerado Antonio mío.
- Adorable y querida Cleopatra.

Los padres no se molestaban; sonreían. Sonreían siempre. Victoria le tejía guantes blancos a su hija y resolvía juegos de palabras cruzadas (puzzles). Diego cuidaba el jardín. Invariablemente, fatalmente se pinchaba con las espinas de las rosas. Desconsoladoramente, aburridoramente explicaba o la hora de comer que las dalias tenían «un buen olor». La madre se valía en la conversación de un léxico rebuscado. La joven, entre esos dos peligros, sólo podía defenderse con sonrisas. Sonreía a diario, sonreía siempre. Sonreía por la música del concierto, sonreía por la sombra del cinema, sonreía por el viento que besaba su semblante durante la marcha. Sonreía por Olga. Sonreía porque escondía un secreto.

Para no entorpecer la buena marcha de mi relato, diré que el secreto de Antonieta era bien simple: amaba.

El secreto la dividía en dos partes, como un rostro puesto frente a un espejo. Era una parte la de ella, la natural, el cuerpo y el vaso que lo contenía, y la otra, su alma, su desvelo de noche, la forma misma de la luz.

Antonieta sufría y sonreía. Los padres y las amigas sólo la veían sonreír. La veían correr, deleitarse con Strawinsky, ir al cine. Si ella concurría a las sombras era por las sombras. El cine se las prestaba, la música se las prestaba y aun la loca carrera en bicicleta se las prestaba, porque, como ustedes lo saben, la velocidad de las bicicletas es la que proporciona la mayor obscuridad. No debemos extrañarnos, por consiguiente, que Antonieta tuviese el pelo negro. Se lo había dejado acariciar mucho por estos vértigos. No debemos extrañarnos de sus ojos verdes; había mirado con obstinación las luces de la orquesta.

Intentaré describirla ahora que va corriendo, ahora que va volando más bien, ahora que va nadando. Su suelto pelo eran las alas. Sus piernas, sus firmes piernas blancas, su sonrisa, sus manos fijas en el manubrio, constituían los relámpagos.

Olga, su amiga preferida, va a su lado. Va azulada. Viste traje azul, zapatos azules, ojos azules.

Antonieta, por el contrario, va emblanquecida. Ha comulgado recién, su rostro es blanco, sus guantes son blancos. Sus guantes se los ha tejido Cleopatra.

La paz de la tarde es egipcia, la paz de su corazón lo es del mismo modo. Los latidos ilustran la muerte. Arriba está la luna. Es el instante de las confesiones. Antonieta se muere de los labios, imposibilita el secreto. El vértigo la hace perder la respiración. Sus ojos respiran. Vuela. Emigra hacia el calor de la luna. Tiene tanto frío que la misma luna es para ella un carbón blanco.

Ambas jovencitas vuelan desde la tarde. Ahora llega la noche. El día ha concluído, al fin, de ponerse sus guantes negros.

Los guantes de Olga son azules. Los de Antonieta, blancos.

Olga se acuerda muy bien de esas cosas. Mira fascinada los guantes de su compañera. Fija, clavada en su asiento, volando, los mira. Antonieta, a su vez, mira la noche. De pronto, un movimiento permite ver el encantador defecto, el dedo roto. El guante negro tenía la luna.

Olga vuelve a la vida. Sonríe. Antonieta responde sonriéndose. La sonrisa de Antonieta se educó en las monjas. Es hermana de la sonrisa de las hermanas, de las doncellas. Su color tiene un aire de familia con el de la luna. Olga se lo agradece.

Paran las máquinas en la avenida del Parque. Descienden las dos; revisan los frenos. Mientras se ocupan en tan encantadora faena, Antonieta se aprovecha de la luna y del trabajo y dice rápidamente:

—Amo.

Nada más. Olga se eleva hacia ella en tren de confianzas y espera que la amiga continúe. Pero Antonieta sólo sabe agregar:

—Los frenos están bien; vámonos.

Parten. Contentas, risueñas, amigables, las dos chicas emprenden el viaje interrumpido. Pronto dejan atrás las tinieblas. Las iluminan los faros de los hogares.

Llegan. Son vecinas. En la puerta de su vivienda, Antonieta se vuelve a Olga, la abraza, retrocede unos pasos y barbota:

—No debes decírselo a nadie. Soy muy desgraciada. Amo a Leopoldo. No me averigües, déjame sola. Adiós.

Entra apresuradamente. Olga hace un vago ademán de asombro.

—Conque a Leopoldo ¿no?, dice entre alegre y malhumorada. Después alza los hombros. Se retira a su vez.

Pero ¿quién es Leopoldo, quién es ese cruel señor que así hace tan desgraciada a Antonieta? ¿Quién es la razón de ser de sus secretos?

Si ustedes me lo permiten, hablaré de Leopoldo en el capítulo siguiente.

La isla es la señorita sin familia, ya lo sabéis. Su tarea consiste en recoger náufragos. Por esta razón, Leopoldo—la soledad, el traje azul; la muerte, el traje blanco—la contempla en la litografía de la sala de billares. Unas palomas vuelan por el recinto. La más audaz de ellas se posa en el hombro del joven. Ha venido por la corriente de aire del ventilador y el viento que la trajo es el que despeina a Leopoldo, así como es la luz de esas lámparas la que colorea su semblante. Leopoldo acaricia la paloma. Durante unos segundos la retiene. Después la echa a volar nuevamente. Ahora la paloma está muy distante del cerebro que la imagina y de la mano que la guardaba.

Leopoldo toma el remó en sus manos y rema por el océano del billar. Ciertamente que la vocación del marino permite que el joven atraviese océanos polares, soporte rudas tempestades, converse con las sirenas, para llegar a encontrar el alivio de la isla. Navega. Los compañeros suyos de juego le despi-

den con alegres exclamaciones. Ninguno de ellos puede remar tanto. A la orilla del mar comentan la odisea.

—Morirá, aseguran, morirá muy joven.

Leopoldo sonríe.

—No importa, exclama. La suerte está echada. Debo cumplir mi deber.

Pronto los jugadores le pierden de vista. La vida de Leopoldo es sólo conjeturas. Están atentos a la veracidad de un cadáver. Leopoldo refiere el viaje realizado.

—Eliana es rubia, comenta. Eliana tiene dos años más que yo.

Los jugadores le escuchan en silencio. Se maravillan con esas historias. Leopoldo hace una pausa. Aspira el humo de su cigarrillo con delectación, con hábitos de marinero, sabiamente y añade:

—Pero yo tengo un año más que Carmen.

A su alrededor, los camaradas le observan. Escuchan la historia alucinante. Para ellos Carmen es una sirena, Eliana el nombre de una isla.

—Eliana quiere llevar las cosas hasta el casamiento, dice. Guiña un ojo fanfarronamente. Con movimientos aprendidos de antemano, con gestos internacionales, se lleva la jarra de cerveza a la boca y la bebe. Los que le escuchan no pierden sus ademanes.

Hay un silencio. Leopoldo mira el vuelo de las palomas. Una, la más decidida de todas ellas, cruza el rayo luminoso, la espada tajante, la senda blanca del sol, y su cuerpo que intercepta la claridad pone sombras en el semblante de Leopoldo. Se diluye el rostro, desaparece. Los compañeros no ven sino una sombra bebiendo cerveza.

¡Cuidado! La muerte debía venir de varios modos. El sueño la traía, los sandwich y la cerveza la traían, llegaba en el cambio de vestidos, en la corriente de aire, en la pulmonía fatal.

Admitid este sencillo ejemplo: en la mesa de billar el ju-

gador se lleva las manos a los ojos y cae desplomado. Es la muerte que ha penetrado por los ojos, es la muerte que reclama su presencia. Otras cosas se resignan a ser olvidadas, pero ella no. Lucha y se hace presente. La muerte hace gimnasia, se cuelga de los remos, mata a los remadores. En las mismas bolas de marfil está escondida.

El personal del Destino trabaja sin librea. Por esa razón es tan difícil reconocerlo. Sus amigos aborrecían el misterio y eran sus ayudantes.

Esa vez, frente a Leopoldo, la muerte se escondió en la bola roja del billar. Su proceder hizo caer la copa de las manos del joven, hizo que la puerta se abriera y se cerrara sin que nadie llegase al establecimiento.

—Es la casualidad, explicaban sus amigos.

Era la muerte. Era su presencia la que rompía la copa, la que llenaba de sopor los ojos, la que hacía sonreír resignadamente a Leopoldo.

Y tenía razón. Todo el mundo lo sabía. Se sometía. Sus padres ya no sufrían. Los vecinos comentaban el próximo fin.

—Morirá, decían. Morirá, estamos seguros.

El mismo se procuraba los peligros. Los alimentos que prefería eran los más apropiados para la muerte: comía hongos. Jugaba al billar, corría en bicicleta.

Las líneas de su mano explicaban:

—Morirá muy joven.

El vivía estos últimos años locamente, al modo de un río que aumentara su caudal, que no pensara en el futuro, que no guardase aguas para la vejez.

La leyenda perfecciona al individuo. Leopoldo, muerto, esculpía su estatua y era el culto de su familia. Volaba ya. Viajaba por cielos alucinantes, por continentes maravillosos, por océanos polares, donde sólo con la ayuda de Julio Verne se podía llegar.

Abrió los ojos. Renacía.

—Hoy es demasiado tarde, explicó. Cualquier día reanudaré la historia de Carmen.

Hizo un saludo general a la concurrencia. Salió a la calle. Desembarcaba.

Ese era Leopoldo.

Antonieta tiene mala ortografía. La profesora le da a copiar cincuenta veces la palabra sima. Esa noche Antonieta lucha contra el sueño para salir adelante. Se queda dormida. El buen Dios se compadece de ella y baja del cielo a ayudarla. Copia las palabras que faltan. Al día siguiente Antonieta revisa la tarea y comprueba que el buen Dios cometió una falta de ortografía: escribió cima en vez de sima.

Antonieta empleaba para sus relaciones con Leopoldo un vocabulario de nodriza. Le mimaba, le arrebuja en las tardes heladas, le gritaba ¡cuidado! por cualquier cosa.

Leopoldo se dormía en su falda. Su pelo dormía, sus manos dormían. Ella mecía sus sueños. Se llenaba de ternura por ese niño flaco. Ángel mío, joven perezoso, eran sus calificativos. Le amaba mucho.

¿Comprendéis los progresos del amor en un corazón femenino? Antonieta se despojaba hasta el más humilde rastro que pudiera evocar a Leopoldo la idea de una niña idéntica a él. Se disfrazaba. Leopoldo le reprochaba su calma, la tranquilidad de sus manos, la circunspección de sus palabras.

El necesitaba gritos consonantes con sus propios gritos para hablar de tempestad a tempestad.

Antonieta temblaba de miedo. Temía especialmente o sus arrebatos. Prefería verle descansar, echado en un sillón, frente a ella. Este último espanto, pues el descanso del joven era el de la muerte, podía ser removido con facilidad. Bastaba que el joven se riera para que todo volviese a desarrollarse amablemente.

Echado en un sillón, Leopoldo parecía un envenenado. La

joven le miraba. Se culpaba a sí misma. Y es cierto que de la muerte por venenos ella tenía la culpa. Le refirió a Leopoldo las más incitantes historias de venenos, le habló del veneno del áspid que mató a Cleopatra, del veneno de los hongos.

El chico se aficionó a los hongos.

Pero, y la consolaba esta certidumbre, ella sabía el empleo de los antídotos.

Un encantador de serpientes resucita a Cleopatra. Antonieta resucitaba a Leopoldo. Antonieta sabía tocar el laúd. Leopoldo habría los ojos. Entonces la chica, poseída de honda felicidad, cantaba en la tarde, como los pájaros, para convencerse que era dichosa.

Leopoldo no amaba a la joven. Antonieta lo sabía. El estaba acostumbrada a ella, solamente, y ustedes saben que el hábito es lo contrario del amor.

Antonieta lo sabía. ¿Cuál fué la razón, entonces, que la obligó a confesar su apasionamiento a Olga? Esa razón precisamente, la de saberse desdeñada y postergada. Lo dijo para violentarse, para salir de su órbita, para apresurar un desenlace.

Leopoldo descansaba sin lograr vislumbrar la verdad, sin darse cuenta que su descanso era el trabajo de la jovencita.

* * *

En el jardín hay rosas y dalias, flores que el padre se esmera en cuidar. Antonieta le espera ahí. Es ya casi de noche. Leopoldo no vendrá. Ansiosamente la chica piensa en accidentes, en enfermedades, en desgracias cualesquiera que le impidan venir. Las sombras la circundan. En el cielo se refleja el resplandor rojizo de la ciudad iluminada. Esas luces la visten de dobles tinieblas. Leopoldo no llegará. Está muerto.

Interiormente, sordamente, Antonieta devoraba los sentimientos.

La calle está sola.

Un susurro levísimo la sume en un mar de conjeturas. ¿Es el viento? ¿Es Leopoldo? Son ambas cosas a la vez.

Leopoldo viene. Se escucha el timbre de su bicicleta, el alegre anuncio. El corazón de Antonieta suena como un caracol marino. Desde las sombras donde está refugiada avanza hacia las luces que trae el recién llegado.

—¿Por qué tan tarde?, pregunta casi maternalmente.

Leopoldo hace un gesto ambiguo. El billar le sirve de excusa. Antonieta le comprende. Ella sonrío feliz. Le toma una mano.

—Baja ¿quieres? Mi papá está adentro y desea hablar contigo.

Leopoldo salta de la bicicleta. Sigue a Antonieta. Va ciego de ver las mismas cosas. Radiante, sin embargo. Como de costumbre, tropieza con el azadón abandonado en un sendero del jardín. Antonieta se ríe. Lo siente mucho, no puede evitarlo. El asunto del azadón se repite en las habitaciones.

El padre, Antonio, saluda al chico con afabilidad y familiaridad. Se informa particularmente de la salud de Angela y Pedro (asuntos domésticos, padres de Leopoldo) y de otros mil pequeños detalles. Después explica sus propios asuntos.

—Las rosas están hermosísimas, dice.

Habla en seguida de una revista de agricultura a la que está suscrito.

La calma ha cogido a Leopoldo. No, no quiere la calma, busca la inquietud. El tormento se lo proporciona la luna. Por la ventana abierta se ve la luna. Leopoldo no la pierde de vista. Pero el marco de la ventana le viene estrecho. La luna corre y pronto desaparecerá. En su asiento bulle, se agita. Habla desordenadamente. La pared oculta la luna, las rosas del padre ocultan la luna, la calma de Antonieta oculta la luna. No puede más. Salta a la ventana. Antonieta se intranquiliza.

Parado frente a la ventana goza el espectáculo. El dominio que recorre la luna es ancho. Pero las casas de la ciudad la

ocultarán pronto. Se vuelve a morir de impaciencia. El mar necesita, el mar para verla mejor, para verla correr toda la noche.

Antonieta se aflige. Sabe que ya nada ni nadie podrá retener a su marino. Lo ve alejarse bogando por un mar tempestuoso.

¡Mejor! La tempestad oculta la luna, la tempestad provoca los naufragios. Se agolpan los presentimientos. Con maligna fruición Antonieta piensa en estas cosas. Es mejor que muera, es preferible que descanse. Un epitafio resumirá su biografía, una inscripción de cementerio indicará su fin de viaje, una lápida le preservará de todos los peligros. Antonieta se ve depositando un ramo de rosas y dalias en la tumba de su muerto.

Despierta. Se espanta. Corre a Leopoldo.

—¡Quédate a comer! Avisa a tu casa por teléfono.

Ella quiere amarrarle con esos pueriles lazos. Para tenerle junto, una comida; para calmar la inquietud de un hogar, un aviso por teléfono.

Leopoldo la mira sorprendido.

—¿Quedarme aquí?, murmura. ¿Quedarme aquí? ¿A comer?

El padre aprueba:

—Eso es. Me parece muy bien.

Pero ya Leopoldo está lejos. Vuela. Emigra, también, hacia el calor de la luna.

Leopoldo agradece la invitación. Pero, ya es demasiado tarde; debe irse. Se despide rápidamente. Asombra a los otros con sus decisiones. Nada de silencios ni de pasos de más. Adiós, sencillamente.

Desde la reja, Antonieta le despide. Sus labios murmuran palabras de adioses para ese explorador que se va a las selvas vírgenes donde mora la muerte.

Las sombras le acogen en sus manos. Llena de presentimientos, Antonieta grita entonces:

—Adiós, adiós.

Entra a su vivienda. Es preciso, pues, improvisarlo todo: una vida para Leopoldo, una aurora para las tinieblas.

Leopoldo estaba de pie sobre su cama. Apoyaba su cuerpo en las piernas muy extendidas, ya en una, ya en otra, y en razón del peso que sobre ellos caía los muelles del somier le inclinaban en uno u otro sentido, de poniente hasta oriente, haciendo del lecho cubierta de velero, y del niño un marino, y de la habitación una zona de océano.

El suave vaivén hacía latir su corazón. Desde la torre de comando dirigía la maniobra. El marino de treinta y cinco años, curtido por los vientos de todos los climas y endurecido por los tifones de todos los océanos, era un niño. Profería interjecciones:

—¡Por cien mil focas! ¡Cuerpo de ballena!

Su semblante se coloreaba de impaciencia. Un mechón de pelos caía sobre su frente. Las olas pasaban ya la cubierta. Un golpe de mar le arrancó de su sitio. Volvía al mundo. La puerta se abrió suavemente.

Entró su madre.

—Hijo mío—dijo ésta para comprobar una vez más el parentesco que la unía a su marino—hijo mío, no está bien que te lo pases todo el día dando gritos en el dormitorio. Además hay visitas.

—¿Visitas? ¿Quién?

—Adivina.

—¡Hum!, dice; es mucho trabajo.

Vuelve al velero. Comienzan las interjecciones. La madre sonríe, conoce a su hijo, sabe que está pensando.

¿Es Antonieta, es Olga, es Eliana, es Carmen? No, ninguna de ellas. Es Leonor.

—Leonor, dice triunfalmente.

La madre asiente. Leopoldo salta de la cama. Lleva en su

cuerpo el vaivén aún. Con su balanceo característico —un balanceo de pato, decía la madre— se encamina hacia el recibimiento.

Leonor le esperaba ahí. Le esperaba de pie, como de costumbre. Al verle entrar fué hasta él y le estrechó la mano vigorosamente.

En fuerza de conocerse desde tanto, estos niños se cambiaban sus malas maneras, los sueños idénticos, los movimientos exagerados al andar, los violentos apretones de mano y los gritos, sobre todo los gritos, con los que aturdían a medio mundo.

Leonor era amiga desde la infancia de Antonieta. Sus ojos negros lo decían, su boca lo atestiguaba. Crecieron juntas las compañeras y Leonor creció un poco más. Era alta, de la misma estatura de Leopoldo que era alto. Hablaba a gritos, como Leopoldo; leía los mismos libros que leía Leopoldo y esto es mucho decir, pues los conocimientos literarios del niño asombrarían a un profesor; compartía sus pensamientos y era, en fin, amazona si Leopoldo fuera soldado.

—¡Hola, Leo!, dijo el joven. (Leo era la abreviatura de Leonor).

—¡Cómo te va!, saludó a su vez la chica. No te extrañe que haya venido. Tengo que consultarte. Pero no te des importancia. No creas que te pido consejos.

—¿De qué se trata?

—De lo siguiente: mi mamá quiere que me vaya con ella a Europa este año para «perfeccionar mis idiomas». Yo acepté complacida ¿Por qué país crees que debo empezar?

Es un golpe. Leopoldo lo recibe en toda su intensidad. Sus ojos se cierran.

—No sé. ¿Qué sé yo de esas cosas? Creo que por China...

Europa está en Asia. De ella viene el opio, la afición a las logias, el amor a los interiores suntuosos. Europa era el sueño de Leopoldo. Para ella se iba en su pobre velero y por ella despertaba en su cuarto. El viaje era la muerte. Así debía irse él

por el mundo. Leonor se apartaba de su lado. Se iba a viajar premunida de pasaportes.

—Por China o por Australia, agregó. En esos países se habla el inglés más puro del mundo. Y además, como sólo te interesa la cuestión de los idiomas...

—Yo quiero ir a Europa, Leo, dijo la joven. (Leo era la abreviatura de Leopoldo).

—El mundo es redondo. Europa aparece siempre. Recuerda que Colón descubrió el oriente por el occidente. Descubre Europa al revés.

—Muchas gracias, voy a seguir tus indicaciones. ¿Tú has navegado?, preguntó sin transición.

Si él respondiera francamente diría que siempre. Hablaría del lecho. Pero Leonor no entiende esas cosas. Ni siquiera entiende el billar.

—Nunca, dijo. Nunca, y la miró provocativamente.

Se quedaron en silencio, en un silencio que duró el instante de una ráfaga.

—Salgamos de aquí, me ahogo aquí, exclamó Leopoldo.

Leonor asintió.

—Salgamos.

Caminaron juntos, Leopoldo meditaba. La jovencita, a su lado, no encontraba mala la vida. La sonrisa de él, la seguridad de su mutismo sorteaba los escollos; su apostura de navegante vencía la tormenta. Su espalda se curvaba bajo el cargamento de los tesoros marinos.

Leopoldo hacía el inventario del mar. ¿Qué océano había visto, qué ola le había refrescado, qué isla le había servido de amparo? ¿Qué traía de su expedición? Traía los labios partidos por el agua salobre, los ojos cegados por la luna salobre.

Estaban en pleno mar. Para completar su falsa pintura, unas palomas paseaban por la calle, unas palomas, es decir, unas gaviotas vestidas de paisano.

Entraron a a una fuente de soda. Leopoldo bebió cerveza.

Ella pidió agua de Seltz. Fueron a un cine. Allí se encontraron con Eliana. Esta los recibió alegremente.

—No me traiciones con Leonor, le dijo a Leopoldo. Ya sabes que quedarás chasqueado. Leonor es una «europea».

¡Una europea! El tenía su vida hecha, sus costumbres establecidas, y de repente se veía en el trance de afrontar una separación.

Eliana explicaba el encuentro:

—Espero a Antonieta. No tardará en llegar.

Leopoldo hizo una mueca de disgusto. ¡Siempre tropezaría con ella en sus momentos de desolación! Antonieta se imponía la obligación de cuidarle, de defenderle, de ser su nodriza, su hada bienhechora.

¡Bien! El la deseaba como enfermera.

De pronto llegó. Venía distraída, balanceando su cartera, como un farolito. Al ver a Leopoldo la luz del farolito se encendió. Su rostro resplandeció de nuevos rubores. Palideció en seguida. Le vió cerrar los ojos, volverse hacia Eliana, sonreírse con Leonor.

Se saludaron. Molestaba. Antonieta se daba cuenta que interrumpía un encantamiento.

Entraron a la sala. Molestaba. Antonieta se sentó junto al muchacho. Quiso llevar las cosas hasta lo último, hasta que la tensión saltara por un exceso de ascos o de reproches.

A medida que las sombras iban aflojando su antifaz de noche y que las facciones de Leopoldo se recortaban nítidamente en el espacio, ella también iba calmándose, calmándose hasta el punto de imaginarse escenas buenas, amables y displicentes.

Perfectamente. Esa vez hubo alegría, sincera alegría, llegada por Leopoldo hasta su agradecimiento. Antonieta decía para sí:

—Estoy agradecida, estoy agradecida, estoy agradecida.

Miraba a Leopoldo. Las facciones del niño la aturdían, la

columpiaban, la volvían al revés. Ya no eran las facciones lo que le interesaba, eran sus manos. Las manos de Leopoldo atezaban su cuello. Se aproximó, aprovechando las sombras.

—¿Te aburres?, interrogó en voz baja.

Leopoldo la miró fijamente y en calma.

—No, dijo sencillamente.

Ella miró sus ojos. Sus ojos le interesaban; sus ojos bonitos (y este adjetivo le pertenecía).

—Yo sí que me aburro; esto es una lata.

Leopoldo pedía que le dejase en paz. Leopoldo no apartaba sus ojos del rayo luminoso que atravesaba la sala de parte a parte. Era esa luz la que emitía una estrella lejana y las figuras proyectadas en el lienzo relataban su historia. El rayo era blanco, cruelmente desnudo en su color. Migas de pan flotaban adentro. Leopoldo vivía pendiente de esa espada y fué así como pudo presenciar en todos sus detalles el milagro. Del interior de esa luz, formándose de ella y nutriéndose de su alimento, salieron a volar por la sala unas palomas. El niño se estremeció violentamente. Las reconocía. Eran las palomas de la sala de billares. Pronto, a su vez, llegaría la isla de la litografía, el olor del tabaco y la muerte por último. Leopoldo la esperaba. Una de las palomas voló por sobre su cabeza y después se posó desmayadamente en su hombro. El sintió su peso de plumas y de encantos. Le dolía el hombro: era la mano de Antonieta. ¿La mano de Antonieta, la paloma del cinema, la muerte suya? No lo sabía. Estaba muy distante ya de estos estupefacientes. Ahora sólo le interesaba el sueño. De repente la paloma salió volando. Volaba con sus compañeras; volvían a la luz. Se integraron en ella y se disolvieron. Pero Leopoldo aun las veía, en una suerte de sobre claridad, como se ve la luna en el día, cuando la luz del sol la diluye. Eso era Antonieta, una luna de día que no servía, por lo tanto, para el eterno fulgor que arropaba al niño.

Leopoldo no comprendía estas cosas.

La senda se borraba ya. Terminaba la película. Eliana aseguró su fallo con una sonrisa.

—Maravillosa, dijo.

Era de noche afuera. Leopoldo no perdía el impulso. De una noche caía en otra. Antonieta callaba. Su mutismo llamó la atención de los demás.

—Está impresionada, aseguró Leonor.

Se rieron todos. La chica contuvo un ademán de impaciencia.

—Sí, declaró sencillamente, emocionada, muy emocionada. ¿Hablabas en serio? ¿Podían tomarse sus palabras por lo que decían?

Leopoldo alzó los hombros. No le importaba averiguarlo. Pensaba en el reciente suceso de las palomas. ¿Era verdad, pues, que moriría pronto? Tanto mejor entonces.

Se despidieron. El muchacho las vió alejarse. Iban las tres. Su corazón pasional se agitó un poco ante la idea del amor. Sin embargo, el amor también quedaba lejos. El decreto aseguraba: morirás.

Cuando las hubo perdido de vista, hizo un galante ademán de adiós y tomó el tranvía con una resolución tal que parecía que se embarcaba para un continente desconocido.

Para no entorpecer la buena marcha de mi relato, hablaré de Olga. Ya sabemos que fué a esta muchacha a quien Antonieta confesó el secreto de su amor por Leopoldo.

En el primer instante, la chica no prestó demasiado interés al apasionamiento de su amiga. Las razones son simples: conocía apenas a Leopoldo. Sólo le veía de tarde en tarde, cuando él iba a casa de Antonieta. Sólo recordaba unos detalles pequeños, sus manos de dedos largos, su cara pálida. Le aborrecía un poco, pues le malograba bellos proyectos de excursiones con Antonieta. Además a Olga no le preocupaba el amor. Las bicicletas ocupaban sus veinticuatro horas.

Pero en cierta ocasión, las cosas tomaron otro cariz. Y fué entonces, que la tragedia los llevó a todos hacia derroteros insospechados.

Vale la pena consignar estos hechos.

Una tarde, Olga le vió despedirse de su vecina, le vió trepar a la bicicleta y perderse. Un interés maligno la llevó entonces a subir en su propia bicicleta y correr por el mismo camino que seguía Leopoldo.

Pasó como un celaje frente a Antonieta que, parada en el umbral, inmovilizada y petrificada por el adiós reciente, no tuvo valor para mirar a Olga, ese viento que pasaba atropellándolo todo.

Antonieta era el deudo. Se conformaba a su pérdida. La fama y la gloria reemplazaban los llantos. La muerte podía más que los presentimientos.

Antonieta era la enfermera. Leopoldo volaba. En su bicicleta, cogido a un saliente de cualquier vehículo motorizado, volaba. El vértigo lo envolvía. Iba al encuentro de la luna. A su lado, durante la marcha, dos flechas negras ocultaban el paisaje. El paisaje mismo se había transformado en esas flechas. Estaban al servicio de Leopoldo, el pálido arquero. Las disparaba contra la luna, disparaba el paisaje entero contra la luna, se disparaba a sí mismo contra la luna, pues la luna era el blanco del tiro al blanco.

El lo sabía. Volaba. Colgante, sin voluntad, se dejaba arrastrar por el camino. Iba en seguimiento de su muerte.

Si la memoria no me es infiel, fué un bólido negro el que cayó en la órbita de Leopoldo. En el primer instante no prestó mucha atención a ese cuerpo ajeno que se incorporaba a su vida. Pero las flechas fueron anchándose más, permitiendo de esta manera el paso del otro jinete. Leopoldo no logró coordinar sus pensamientos. Pensaba en palabras. Decía:

—Es una flor, es una mano, es una bufanda, es un tallo, es un rayo, es una espiga.

Era Olga. Era Olga la que volaba junto a él. Era una espiga más rápida que el viento, era un rayo más rápido que el rayo, era un tallo más rápido que el jacinto, era una bufanda más rápida que la garganta, era una mano más rápida que el adiós, era una flor más rápida que el ojal de la solapa.

Olga corría su misma velocidad. Si fuera dable a dos trenes correr del mismo modo, los pasajeros del uno verían a los pasajeros del otro, tan nítidamente, como si los dos trenes estuvieran inmóviles. Así veía Leopoldo a Olga. Le sonrió y levantó la mano saludándola. Las flechas se espaciaron más aun y el paisaje—el Parque—apareció ante su vista. Frenaron.

Se miraron. Estaban fatigados, sobreexcitados, pero se sonrieron.

—Veinticinco minutos, dijo Olga.

—Ha sido por usted que yo no he ido más ligero, le reprochó Leopoldo.

Olga alzó los hombros. Tenía una objeción magnífica que hacerle, pero no quiso formularla. Se la guardó para mejor ocasión.

Estaban felices. Veinticinco minutos había durado el encantamiento.

Leopoldo se acercó a ella.

—Yo la conozco a usted: ¿Pero dónde, en qué lugar ha sido? ¿En casa de Antonieta?

Olga hizo un gesto negativo.

—No, no ha sido en casa de Antonieta.

—¿Dónde entonces?, inquirió el.

—No se devane los sesos pensando, explicó burlescamente la joven. Recién ha sido, recién nos conocemos.

El se sintió a sus anchas.

—Mejor entonces, dijo. Mejor que nos conozcamos desde ahora. Eso indicará que nos conoceremos siempre.

—Que nos conoceremos y que nos reconoceremos, murmuró Olga.

¿Por qué dijo eso? ¿Qué conocimiento del porvenir tenía? Olga lo dijo sin meditarlo mayormente.

Pero ya la observación los unía con extraño vínculo, con indisoluble maridaje. Se reconocerían a través de todas las alternativas del camino, a través de todas las huellas de bicicleta, a través de todos los muchachos y las muchachas.

—Se hace tarde, dijo Olga. Tengo que volver.

—Si quieres te acompaño, se ofreció Leopoldo, tuteándola.

—No, no, de ningún modo. Haz el favor de no imponerte, pidió la chica.

—O.Key, dijo Leopoldo alegremente. ¿Cuándo nos veremos?

—Mañana nos veremos.

—¿Dónde?

—Aquí mismo. Espérame. Si no vengo, tanto peor para ti. Leopoldo se puso a tono con las circunstancias. Se inclinó gentilmente.

—Tus deseos son órdenes para mí, princesa.

La chica subió a su máquina.

—Adiós, entonces, se despidió.

—Au revoir, contestó Leopoldo sonriendo de satisfacción. (El Parque estaba más bonito que nunca).

Al día siguiente Leopoldo no pudo concurrir a la cita. Una fiebre espantosa se apoderó de él y lo tumbó en el lecho.

... Al despertar de algunos sueños su corazón aun soñaba. Entonces le era preciso cerrar los ojos nuevamente, recuperar la posición que antes tenía y esperar así, a veces largo tiempo, que la vida restableciese sus cursos, a modo de esas habitaciones vacías que sólo el regreso de sus moradores consigue animar. Durante su readaptación al espectáculo acostumbrado, mientras la noche conservaba su puesto en los párpados, tornándolos débiles, cruzaba por ellos una confusa visión, sin materia a quien atribuírsele, sin nombre que proporcionarle, una

visión, en fin, más huidiza a medida que la luz de la mañana la disolvía y la reintegraba a las sombras del sueño que la componían. Su corazón retrasaba la hora del despertar. Sin embargo, el cruel imperativo triunfaba. Abría los ojos y la visión se hacía consistente: era la gripe.

La gripe, esa terrible amiga de las personas, había venido a visitar a Leopoldo.

¡Imaginaos la desesperación de su familia, sus desvelos y sus quebrantos!

Los presagios se realizan, los horóscopos se cumplen; Leopoldo se moriría. Nadie pensaba sino en eso. El tiempo marcaba su ritmo más despacio para retrasar la hora de la muerte.

—La muerte nos hace inmortales—pensaba Leopoldo. Observaba con atención los rostros que se inclinaban sobre su lecho, esos semblantes que no conocía. ¿De qué países venían esos rostros, qué opiniones emitían esos labios y qué ternura expresaban esas miradas?

Leopoldo trataba de fijarlos sobre las personas que él amaba. Era imposible. Seres extraños, sombras, más bien, sombras que emitía una lámpara de sombras, eran esos.

Leopoldo se decía a sí mismo:

—Yo necesito algo, necesito algo. Necesito ver a mi tío.

Y se daba excusa a sí mismo:

—Mi tío no puede venir. Mi tío fué a la farmacia a comprar remedios. Mi tío está de viaje, anda fuera del hogar desde hace muchos años. Mi tío no puede venir porque ha muerto.

Lloraba, transpiraba. Tenía un sabor amargo en su boca. Se veía de nuevo en la cubierta del barco, de pie en la cama. Se balanceaba. Las luces y las sombras seguían su vaivén. Los muebles pasaban a una velocidad fantástica ante sus ojos. El se olvidaba de respirar. Abría más los ojos. Respiraba por los ojos. El mar respira. Las sirenas respiran. Las campanas respiran. Sólo él no puede respirar. Ahora no está muerto.

Va viajando en una fragata. A su lado, en la torre de comando, hay un marino que le hace compañía. Es su tío, un niño como él. Ambos visten jerseys a rayas. Rayas azules y moradas, amarillas y verdes. El tiene sed. Chupa la lana. El jersey se destiñe. Sus labios chorrean color. El tío se sonríe. Mira a Leopoldo, le hace un guiño amistoso. Le señala el horizonte. Debe partir. Debe coleccionar horizontes. Pero en la costa hay seres queridos que le tienden los brazos, reteniéndole con sus gritos. Ahí está Antonieta, está Olga, está Eliana, está Carmen, está Leonor. Sus compañeros de billar le llaman, sus padres le llaman. ¿Qué hacer ante ese horrible dilema? ¿Lavar su cuchillo a la orilla del mar para matarse en esa línea imprecisa de mar y tierra firme? Sí, eso necesita.

Despierta.

Salta de la cama. Los padres corren hacia él.

—Dejadme, les pide, dejadme morir de una vez por todas. La muerte no tiene recaídas.

Les suplica que accedan a su pedido, que consientan en separarse. Decirse adiós, irse a la luna a comer relámpagos.

No le comprenden, le arrebuja en el lecho, otra vez.

—La suerte está echada, dice entonces.

Se duerme.

Fué entonces cuando se decidió a seguir el camino de la muerte. Mientras sus padres creían que dormía, él dormía en efecto, pero pensaba en sueños. Pensaba; trazaba su porvenir. Su sueño era el preparativo del suicidio. En sueños elegía el árbol para ahorcarse, el veneno o el océano para naufragar.

Leopoldo ha hecho mención durante su delirio de unos asuntos que quizás a primera vista parezcan extraños, inverosímiles o quiméricos, pero que una sencilla explicación basta para aclarar.

La historia, contada en pocas palabras, es ésta: un tío del muchacho huyó de la casa paterna a la edad de diez y seis

años. Nunca más se volvió a tener noticias de él. Esto ocurría cuando Leopoldo aun no nacía. Desde entonces se mantenía la tradición, y en la casa se reservaba su dormitorio intacto, con los mismos muebles y la misma disposición que tenían cuando el tío de Leopoldo la habitaba. La pieza permanecía cerrada todo el tiempo. Ahorraba las lágrimas, pues se hacían la ilusión que el pariente estaba de viaje.

El viajero no regresó más, Leopoldo le reemplazaba. La puerta permanecía cerrada.

Pegado a ella, mirando por la cerradura, el niño observaba el interior. Alucinaba.

La vocación le hacía suspirar, partir. La tradición exigía más muertos. El pariente no bastaba a satisfacerla.

Leopoldo volaba. Iba en seguimiento de su antepasado. Convivía con él por las rutas. Un embriagador hábito le obligaba a pisar las mismas huellas.

Los padres sabían que, tarde o temprano, eso debía suceder. Leopoldo era el heredero de una riqueza convertida en sal por el mar, del cuerpo mismo de su pariente, heredero del traje blanco que la muerte cose sobre los cadáveres.

Los padres lo sabían y le prohibían la entrada a la habitación sellada, a la muerte infranqueable.

Salido de la fiebre, con dos centímetros más de estatura, Leopoldo decidió visitar el cuarto. Ninguna orden se lo impediría. Los padres no le contradijeron. Todos los signos de la fatalidad estaban impresos en su hijo. Tenía la misma edad que tenía el pariente, tenía el mismo rostro, el mismo porte, el mismo nombre.

Leopoldo se llamaba Leopoldo.

Una tarde, al anochecer, cumplió sus propósitos. Con firmes pasos llegó hasta la puerta, la abrió, la cerró tras de sí, encendió la luz y se situó prente al misterio.

Observaba curiosamente cada detalle. El lecho de retorcidas columnas parecía esperar a su dueño, lo mismo que pare-

cían esperarle la mesa de estudios llena de libros de aventuras y de papeles garabateados por una mano impaciente, la lámpara, la cómoda y el cofre donde guardaba sus secretos. Las fotografías clavadas en la pared parecían esperarle, también. Había fotografías de barcos a vela y fotografías de actrices; éstas últimas cubiertas ya de suave color en el que se vislumbraba la mirada de las heroínas del cinematógrafo de 1913.

Todo se conservaba igual. Por un instante Leopoldo tuvo miedo que la puerta se abriera y entrara Leopoldo, y le interrogara sobre la razón de su estada ahí. ¿Qué podría contestarle?

De repente se dió cuenta que todo lo que él consideraba imposible era posible. De nada valía la diferencia de años que separaban ambas historias, la suya y la del otro. La vida que pasaba hacía su camino muy lentamente. Podría entrar, pues, su antepasado y él no se asombraría de lo absurdo de esta irrupción.

Se tendió en el lecho y apagó la luz de la lámpara. Le aguardaba. Pronto una claridad sobrenatural bañó la habitación con fosforescencia de fuegos fatuos. Y de nuevo la espada blanca, la misma espada de la sala de billares y de la sala del cinematógrafo, apareció en el cuarto, cayendo desde la alta ventana hasta la cama donde reposaba. Esta vez su golpe fué certero. Sintió que la espada le atravesaba lentamente el corazón. Moría, languidecía suavemente. Su corazón manaba sangre blanca. De improviso, una mano apretó la herida, Leopoldo sabía qué mano era esa, qué mano le vendaba la herida y se la cicatrizaba. Era la mano de su pariente, el emisario de la luna, el venido del mar.

Su cautiverio terminaba. Leopoldo se incorporó en la cama.

—Hable usted, pidió, dígame una palabra tan sólo, un consuelo cualquiera; con ellos me sentiré feliz.

Leopoldo (el tío) se callaba.

—Hable usted, agregó el muchacho, dígame qué debo hacer. Otra pausa. Otro silencio.

—¿Debo partir en busca de lo desconocido? ¿Debo quedarme?

Se miraron durante un minuto. Leopoldo observaba el rostro de su pariente, un rostro pálido por las vigili-
as de alta mar, un rostro de náufrago o de asombrado por quizás que ocultas bellezas. Un rostro de niño fascinado. Un rostro blanco, unos cabellos negros, un mechón cayendo sobre su frente, como el de él cuando dirigía las maniobras de la tripulación desde la cubierta de la fragata.

El pariente dijo unas palabras llenas de misterio, y las pronunció rápidamente:

—No te pases al enemigo.

Ninguna otra palabra. Bien sabía Leopoldo que las estatuas no hablan, que las sombras no tienen boca. Bien sabía que si solicitase al pariente que explicase el enigmático contenido de esas palabras, el pariente se limitaría a repetir las otras vez con la fijeza de los muñecos que dicen «papá» y «mamá», mecánicamente. No insistiría, pues.

Volvió a reposar su cabeza sobre las almohadas. Estaba tranquilo ya, decidido ya. Nadie le desviaría de su ruta.

Ni siquiera pensaba. Se sumergía hasta lo más hondo en la quietud del cuarto. La luna había desaparecido. Las fotografías de las actrices le miraban casi maternalmente, despidiéndole. Las fotografías de los barcos a vela le exponían el muestrario de la fuga. Había que elegir con cuidado.

Después de otros minutos de estar ahí, salió del cuarto tranquilamente, parsimonioso.

Los miembros de su familia le observaban con temor. No hablaban, no se reían, caminaban en puntillas.

Durante la comida las miradas se repitieron. Todos se dieron cuenta que, después de la visita a la habitación de su

pariente, algo había cambiado en Leopoldo. Nadie, sin embargo, lograba aclarar cuál era el cambio.

El único que lo sabía—Leopoldo—comía en silencio.

Los otros estaban perplejos.

Dejadme explicar los hábitos de Leopoldo. En las tardes, después de una siesta prolongada y de un baño caliente, el joven abandonaba el domicilio en busca del misterio. Los padres, desde el umbral, le despedían:

—Adiós, adiós.

El se iba en su bicicleta. Volaba. Iba en seguimiento de Olga. La chica corría, hecha una loca, por el sendero. Olga volaba junto a él; era su compañera, la única que compartía sus aspiraciones. La miraba agradecido. Olga, también, se aficionaba a Leopoldo. Con familiar rudeza, le echaba en cara sus defectos.

—Eres informal; fumas demasiado; juegas demasiado al billar; bebes demasiada cerveza; por eso tienes mala cara, le decía.

El se impacientaba:

—Cualquiera diría que eres mi profesora.

—Y lo soy, replicaba Olga, me he propuesto corregirte.

—¿Corregirme, para qué?, argüía el joven. ¿Para hacerme un tipo adocenado y lleno de prejuicios? ¿Para que me case contigo?

Se reían. Como se ve, Antonieta quedaba descartada. Ambos niños la perdían de vista y se echaban por otros senderos.

Un día, en la mañana, Olga le dijo:

—Tengo una sorpresa para ti. Vamos ahora mismo a visitar a mi tío.

Leopoldo prestó atención.

—¿Un tío?, dijo. No me fío mucho de esa clase de personajes. Yo tenía uno y se fugó de la casa a los diez y seis años.

—El mío no es así. Tiene ahora treinta y cinco años y es muy formal.

Era la edad del tío de Leopoldo. Una mortal palidez cubrió el rostro del muchacho. Se irguió resuelto a todo.

—Quiero conocerle, dijo, quiero conocerle inmediatamente. Olga se rió.

—Ya sabía yo que te interesaría. Vamos allá.

El tío de Olga vivía en un pueblo vecino, en una quinta de su propiedad, a una hora de camino en bicicleta.

Los muchachos hicieron los preparativos.

—Te apuesto, dijo Leopoldo, que hacemos el viaje en cuarenta y cinco minutos.

—A menos de colgarse de un camión, no te creo. Y eso es trampa.

—No hago trampas, protestó el muchacho. Yo corro más ligero que tú.

—Como en el Parque, dijo la chica con ironía.

Le recordaba una carrera disputada entre ambos en la cual Olga resultó triunfante.

Molesto por esos detalles, el niño varió de tema.

—No me interesan las bicicletas. Prefiero los barcos.

—¿Cuándo has navegado, buzo?, preguntó Olga.

Nunca he navegado, es verdad. Se acordó de Leonor y se sintió mortificado. Se quedó en silencio. Después volvió por las bicicletas.

—Tenemos el tiempo justo para ir y volver. Pero si te quedas hablando todo el rato no saldremos nunca.

Partieron. Se demoraron cincuenta minutos; un tiempo excelente. Leopoldo, sin embargo, estaba taciturno. En vano Olga intentaba alegrarle.

—Verás qué buena persona es mi tío.

Llegaron a la quinta.

(La mañana llovía un color rojo sobre las vacas, un color verde sobre los árboles. La casa estaba edificada a cierta altura

del terreno y dominaba, por lo tanto, una visión magnífica. En el jardín, las abejas estudiaban botánica).

Hallaron al tío Alfredo. Este abrió una puerta, apareció y se encontró a boca de jarro con los niños. Un mismo golpe del Destino bamboleó a Alfredo y a Leopoldo. Alfredo se aparecía a los ojos del muchacho «como el tipo ideal que debiera ser su tío a los treinta y cinco años». Alfredo reconocía en Leopoldo a su compañero de la niñez. Debo declarar que este reconocimiento se hizo antes de las presentaciones. Se reconocían. Se decían interiormente:

—Es él, es él, no puede ser otro.

Leopoldo examinaba con atención a aquel amigo de su pariente. Pensó que ambos, en otra época, compartían sus inquietudes y sus quebrantos de ahora.

—Celebro mucho conocerle, dijo Alfredo. Yo era muy amigo de Leopoldo. Yo iba a huir junto con él, agregó.

Dijo esto sonriéndose. Leopoldo se desconcertó. Le parecía extraño el asunto.

—Ibamos a partir al amanecer. Yo fuí el impuntual. Me quedé dormido. Se fué solo.

¡Qué amable incidente! Se quedó dormido. Cándidamente, infantilmente dormido. Leopoldo se veía en la aurora de la partida. Se veía caminar al lado de ese hombre extraño, de ese niño, más bien, porque a la edad de los héroes de Salgari partió. De ese hombre predestinado a los viajes, de ese niño que devoraba las guías de los ferrocarriles.

—Partió a las cuatro de la mañana.

Leopoldo le miró extrañado. ¿Cómo sabía él esos detalles?

—¿Cómo sabe usted esos detalles?, le dijo.

—Habíamos concertado la huída con anterioridad.

Olga no intervenía en el asunto. Bostezaba. Comía unas frutas que su tío había mandado traer. Comía con parsimonia, pero seguramente. Leopoldo veía, con espanto creciente, disminuir el número.

—Es capaz de comérselas todas, pensaba, ¡y vean ustedes hasta qué punto aliaba la aventura maravillosa a su propia condición de niño que tenía hambre de frutas, de amores y de sueños!

—Déjame algunas, le dijo a Olga en voz baja. La chica se limitó a sonreír.

El tío no advirtió ningún detalle externo. Seguía contando su cuento de hadas.

—No he vuelto a tener noticias de él. Sin embargo, todo me dice que vive y que es feliz.

—¿Y si es así, objetaba Leopoldo, por qué no regresa? Tantos años de lejanía no justifican sino una muerte.

Había pronunciado la palabra fatal. Alfredo le miró extrañado. Leopoldo estaba seguro que ese señor pensaba:

—¡Pobre chico, morirá pronto!

Se incorporó de su asiento. La ilusión se había desvanecido. Se imponía ahora afrontar la vida. El cuento de hadas tenía un horrible final.

Alfredo adivinó sus dudas.

—¿Se marchan ya?, dijo. No, no, no se vayan todavía. Quédense a almorzar conmigo. Son raras las ocasiones que tengo comensales tan gentiles a la mesa.

Estas palabras, dichas con naturalidad, complacieron a los jóvenes. Aceptaron. Por lo demás, se estaba muy bien en ese corredor. Ahí encontraban el descanso que tanto necesitaban. Se quedaron a almorzar, pues. El tío estuvo encantador. Brindó por ellos con un vino reservado que tenía, «una botella del año 13», dijo, «año de gratos recuerdos para mí».

Después de almuerzo, se fueron a tender al pasto, a la sombra de unos complacientes árboles.

Alfredo hablaba:

—Yo vivo enclaustrado en este lugar. Ni siquiera me tienta la cercanía de la ciudad que está al alcance de mi mano, a una hora de camino...

Comenzaba la discusión.

— ... a cincuenta minutos, interrumpió Olga.

— .. a cuarenta y cinco, aseguró a su vez Leopoldo. Y si me apuran un poco, a cuarenta, agregó.

Alfredo los miró desconsolado. Desviaban el asunto. El quería significar que no ambicionaba ir a una ciudad cercana en sí, sin importarle las horas o los segundos que se empleasen en el recorrido de su casa a ella.

Los dos muchachos se tiraban estocadas con respecto a cuestiones técnicas. Hablaban de manubrios y de pedales. Ahora Alfredo se divertía extraordinariamente oyéndolos. ¡Cómo se reconocía en Leopoldo! ¡Cómo reconocía al otro Leopoldo en este mozalbete pálido y arrogante! Le veía erguirse fanfarroamente, dominando a Olga. Ponía por testigo al cielo de sus triunfos como ciclista.

Pero ¿por qué gritaba tan desaforadamente, tratando de convencer a Olga, tratando de convencer a Alfredo, tratando de convencerse a sí mismo de una cosa que, en último término, no interesaba a nadie?

Leopoldo quería olvidarse de la vida gritando; quería matar su vida enronqueciendo.

Pero sólo una certidumbre obtuvo de su disputa: amaba a Olga. La quería a su manera, a su forma de animalucho instintivo. La quería, reservando incólume, eso sí, su libertad.

Olga amaba a Leopoldo. Le quería complaciéndose en acceder a todos sus caprichos, ejecutando todas sus inspiraciones.

Antonieta quedaba en otro mundo. Interiormente, ambos muchachos compadecían a esa institutriz.

Un mismo pensamiento les hacía dormir en el pasto, de cara al cielo, mirando al sol de frente.

Ahora fraternizaban. Alfredo no comprendía estos cambios. No sabía que el amor va del odio más alto a la pasión más sostenida.

Por otra parte, los veía incorporarse, arreglarse los vestidos, alisarse el pelo, preparándose a partir.

Nunca hasta entonces se dió cuenta más clara de su soledad. La visita de los muchachos fué para él motivo de muchas cavilaciones.

Los vió partir sin que volviesen una vez tan sólo la cabeza para fijarse en él, que se quedaba abandonado a la orilla del camino.

Los dos niños volaban ansiosos de acortar los cincuenta minutos del cronómetro. ¿Qué les podía interesar la lentitud, la lentitud de su existencia?

Volaban juntos nuevamente. No descansarían hasta que el viento se lo mandase. Cuando el viento diga, «¡basta ya de correr, yo también quiero descansar!», entonces recién pararán su marcha. Mientras tanto, vuelan. Las ruedas de las bicicletas, al girar, parece que quisieran afilar los cuchillos de la muerte.

¡Miradlo bien, el camino pavimentado es un cuchillo! En sus filos el sol lame su propia muerte. Estas cosas la saben hasta las alondras. Con mayor razón debía saberlas Leopoldo.

El niño no quiere pensar, quiere morir. ¡Oh, si la muerte llegase en el choque con un vehículo! ¡Cómo lo sabría agradecer! ¡Besaría al automovilista que lo matara!

Vuela. A su lado hay una mujer que le secunda en sus propósitos. Una mujer que va, aires arriba, camino del cielo. Es Olga. Corren así, vuelan aún más y de pronto las ruedas patinan por el pavimento, se paran con un chirrido agudo. Han llegado. Olga se ríe.

—¡Mira el reloj, dice, mira el reloj!

Leopoldo mira el reloj. Se asombra. Han empleado cincuenta y cinco minutos en regresar, cinco minutos más que a la ida.

Antonieta espera a Leopoldo, aunque sabe que él no irá ya nunca más a su lado. Le espera ansiosa de mortificarse hasta la exageración.

La joven ha cambiado, se ha transformado. Ya no es la Antonieta que asistía al cinema o a los conciertos o la que corría en bicicleta o la que conversaba con Leonor. Siente que se disgregan uno a uno sus miembros, así como se desmorona una casa en ruinas, ladrillo por ladrillo.

Su amor por Leopoldo la llevó hasta los mayores sacrificios. Se despojó de toda su espontaneidad para que el joven luciera la suya mejor. Y no fué entendida. Quiso, entonces, cuidar de ese niño flaco, ampararle de la muerte, consolarle de sus ensueños, y no fué comprendida, tampoco.

Está sola. Perdida para ella misma. Ella quiere reaccionar salvarse. Quiere librar las provisiones necesarias para el camino de los años siguientes. Pero resulta pueril su empeño. Es lo mismo que si el relámpago quisiera economizar sus luces.

¡No! Ella debe entregarse íntegra en esos pocos instantes que le restan. Ella cumplirá su deber hasta el final.

Como sabe que Leopoldo está escogido por la muerte para morir pronto, ella prestará un último servicio al niño que ama, atrayendo la muerte sobre sí.

Está decidida.

En un ramo, las flores constituyen un verdadero mundo, con venganzas, con odios feroces, con amores intensos, con amistades apasionadas, aunque a simple vista engañen por su tranquilidad vegetal. Nosotros nos asombramos de hallar en un jarrón con abundante agua una rosa marchita, cuando las otras flores están hermosas y lozanas. No sabemos hasta qué punto impera en las flores la ley del sacrificio por la amistad. No sabemos que una rosa muere para darle todas sus aguas a una compañera sedienta que ya se ha bebido toda su parte.

Está decidida.

Se matará, se morirá, se irá del mundo antes que Leopoldo.

El muchacho es egoísta. No comprende el amor ni trata de explicárselo. Ha partido del lado de Antonieta para siempre. Cree haberse libertado de la tutela de una «nurse». Vive feliz jun-

to a Olga, la única de todas sus amigas que no se ha planteado nunca el problema de la muerte, la única entre todas que no se intranquilizó por su gripe pasada, acusándole, por el contrario, de ser muy informal en sus compromisos y de haberla dejado una hora esperándole, mientras el chico se debatía en el delirio de su enfermedad.

Por eso Leopoldo la ama o, al menos, cree amarla. Por eso pasa las tardes con ella, lejos de la calma hogareña que fluye del cuerpo mismo de Antonieta.

Leopoldo se ha aficionado extraordinariamente a los peligros. Los provoca, los crea. Olga, con su floreciente despreocupación, es un peligro, y la busca. El tío de Olga, con su conversación y sus palabras de sortilegio, es un peligro, y no se puede pasar dos días sin verle. El billar es un peligro, los sandwiches son un peligro, la cerveza es un peligro, y Leopoldo lo juega, los come, la ingiere. Hace alarde de su valor.

Olga le secunda. Antonieta llora.

Antonieta le espera en el jardín de su casa. Bien sabe cuán pueril es su actitud, pero le espera. En medio de las sombras de la noche, del olor de las dalias, de las lágrimas suyas, le espera.

Está con sus amigos perdidos—Olga—; está con sus amigos lejanos—Leonor—; está con sus amigos muertos—Leopoldo—; esperándole.

Leonor ha partido a Europa. El viaje de la chica es el ladrillo que desmorona su casa.

Está sola en medio del jardín. Con el talento de un cazador, presta oído hasta del sonido más insignificante. Se sabe de memoria el significado de los sonidos. Sabe de dónde proviene ese que ahora viene por el aire: es el sonido de una llave que abre una puerta, el de un motor en marcha, el de un tango que canta el ciego.

Solamente el sonido del timbre de la bicicleta falta, solamente la voz de Leopoldo no se escucha.

Su corazón, como lo he dicho anteriormente, es un caracol marino. Es la luna marina que escucha el canto de los piratas. Es la luna terrestre que escucha el reclamo y las quejas de los «bull-dogs».

Antonieta ya no percibe ningún sonido. Continúa de pie, sin embargo. Está ahí, en el jardín, aguardando con digna reserva, con la circunspección de un muerto.

Su traje blanco contrasta singularmente con las primeras sombras de la noche, del mismo modo que es su vestido el que favorece más la idea de un cadáver.

Antonieta ha perfeccionado hasta los últimos detalles los antecedentes de su suicidio.

No se apresura, no da un paso demás. Todo se desarrolla con exactitud.

Y cuando ya sabe cómo será posible su muerte, vuelve a vivir, vuelve a escuchar sonidos. Golpes acompasados resueñan. Ella no sabe de dónde proceden, ni quién los provoca, ni qué significan.

Acompasados sonidos horadan su corazón.

De pronto los reconoce. Alguien clava una caja, remacha un ataúd. Ahora Antonieta se siente invadida por el agradecimiento: ha asistido a sus propios funerales.

El sonido se hace más nítido. ¡Dios santo! Es el timbre de una bicicleta. Es Leopoldo que llega.

Antonieta corre a la puerta. Nada ni nadie. La calle está sola. La jovencita desfallece. Cierra los ojos. Cuando los tenía abiertos se fué tras un espejismo. Ahora que los tiene cerrados corre tras la realidad. Y la realidad es la muerte. Antonieta tiene los ojos cerrados. Esa es la forma de evadir las visiones.

La obscuridad está llena de muebles. Antonieta transita por ella con la seguridad de una sonámbula.

Su dormitorio herméticamente cerrado no deja iluminarse por ninguna luz.

¿Sin embargo, esa claridad de qué proviene? ¿Esa luz que avanza, quién la forma? ¿Por qué ilumina el rostro de un niño, el cuerpo de Leopoldo?

Antonieta acecha esa sábana con forma humana. Agazapada en un rincón, mira cómo ondea a impulsos de un viento marino que transforma a la sábana, al fantasma, al cuerpo de Leopoldo, en blanca vela de bergantín.

El cuerpo del niño maniobra. Alza los brazos. Camina así. Busca una silla donde sentarse, un mueble que crujir.

Sus ojos miran a Antonieta. La mirada es triste, implora comprensión. Antonieta se llena de ternura. Va al encuentro del niño. Va decidida a arrancarle de las garras de la muerte. Nadie le impedirá cumplir su deber. Atraviesa el cuarto con seguridad. Se sabe de memoria la ubicación de los muebles. El miedo ha inventado los catálogos.

Antonieta no tropieza. Llega hasta Leopoldo, hasta esa luz blanca, pero el niño ya no se encontraba ahí. Era la luz de la luna la que hizo posible la ficción. La luna emblanquecía a Antonieta. La luna había diluído a Leopoldo.

Perfectamente. Sólo basta agregar que el camino hacia la luna también es un camino y que la persona que asesina a un cadáver también es una asesina.

Antonieta se sentía culpable de la muerte de Leopoldo. Había, pues, que pagar sus consecuencias. No supo velar por él, protegerle de las asechanzas de la luna, compartir sus quimeras para hacerle ver que eran irrealizables.

En vez de eso, sólo hizo insoportable una vida a fuerza de abrumarle con ternuras, de hostigarle con caricias, de molestarle con sus aprensiones.

Había que pagar sus culpas. Había que ganarle en esa carrera cuyo final estaba en la muerte. Se echará por los caminos, aprovechando hasta el máximo su velocidad de ciclista, para vencerle y para morir antes.

La puerta del escándalo está siempre abierta. Recurriría, para tomarle ventajas, al único medio que no había pensado emplear Leopoldo. Se suicidaría. Se mataría, fulminada por la cólera de sus padres, odiada por ellos. Inventaría repugnantes escenas, las más repugnantes, para que sus padres la expulsaran de la casa y de la vida.

¡Ya verían de qué era capaz! Antonieta ahora no es la joven pudibunda que conoce Leopoldo, no es la que llora por la ausencia de Leonor, no es la que habla de las corcheas y de las semi-corcheas con Carmen, no es la que habla de los galanes pasionales con Eliana, ni es la que confiesa sus amores a Olga.

¡Dios la libre de ser ella misma!

En medio de las tinieblas que pueblan su habitación, está parada. Está despeinada, está llorando. Sus largos cabellos, sus hermosos cabellos negros, ruedan por la espalda. Desmelenada, con los ojos rojos de tanto llorar, con el rostro contraído por una mueca de resolución, parece una de aquellas heroínas del cinematógrafo de 1913 que Leopoldo contemplara en las fotografías del dormitorio de su tío.

¡Ya verían de qué cosas era capaz ella por defender al niño!

Se compara a un perro atado al trineo donde va Leopoldo. Se ve correr por la estepa inmensa. El corazón le late con inusitada violencia, la fatiga le rinde, pero ella sigue su veloz carrera, pues lleva una carga preciosa sobre sí. Detrás de ella, a escasa distancia, corren los lobos. Los persiguen. Quieren comerse a Leopoldo. Entonces ella—dictados sus gestos por la misma razón que en un ramo de rosas, siendo ella rosa, la induciría a dar toda su parte de aguas a Leopoldo—entonces ella se suelta del trineo y se tiende en la nieve, resignadamente, mientras el trineo se aleja veloz, dispuesta a servir de alimento a los lobos, a dar un tiempo para que Leopoldo se salve.

Está decidida.

Debe cumplir su deber.

Debe elegir la muerte más demorosa, la que tenga la agnía más lenta, para que la muerte se distraiga observando sus sufrimientos y se olvide, por un instante, de la otra víctima que ha escogido.

Antonieta prefiere el veneno. El veneno procura los más atroces momentos de espera, los más largos. Ustedes saben la historia de ese austríaco que ingerió un veneno fulminante y agonizó durante tres meses.

Antonieta escucha el silencio de su muerte. Una pregunta le asalta:

—¿Dónde esconderé yo mi silencio?

¿Dónde lo esconderá para que sus padres no sepan, sino en el instante preciso, que conviven con un cadáver? ¿En su sonrisa? No. Su sonrisa es demasiado silenciosa para ocultar un silencio.

En los gritos lo ocultará, en los juegos lo ocultará. Volverá a ser una niña, volverá a cantar como antes, concurrirá a los cinemas y a los Parques. Dará portazos en la mampara y, de este modo, despistará a sus padres.

El silencio de Antonieta se disfraza de portazo.

El encantamiento de Leopoldo y Olga se realizaba sobre tres tiempos: sobre veinte minutos, ronda por la ciudad; sobre treinta y cinco minutos, paseos con intervalos en las fuentes de soda; y sobre una hora, visita a Alfredo.

Este último encantamiento complacía extraordinariamente a Leopoldo. Como a ningún otro, se mostraba impaciente por partir, se enfadaba con Olga por cualquier cosa.

Para la chica, todos los viajes eran idénticos. Cualquiera de ellos le prometía un resultado encantador. Bastaba ir al lado de Leopoldo para que el mundo le pareciese amable. Pero también, si inquiriese con atención, respondería que el viaje donde el tío Alfredo llenaba todas sus aspiraciones.

Alfredo ejercía un secreto dominio sobre ambos. Los atraía con su vida solitaria, con su casa misteriosa.

A su vez, los muchachos ejercían sobre él igual influencia. Le trastornaba el parecido de Leopoldo con el otro Leopoldo. Le fascinaba su palidez, su acendrada palidez. También esperaba con impaciencia la visita.

De Antonieta no se acordaba nadie. Sin embargo, no dejaré de consignar un hecho curioso. Es éste:

Por el mismo tiempo que la chica se manifestó la resolución de amparar a Leopoldo con su propia muerte, Leopoldo sentía actuar sobre su vida influjos extraños. El no los reconocía ¡claro está!, pero de todos modos eran evidentes.

Leopoldo notaba las consecuencias. Ya no se aficionaba como antes a la idea de partir, ya no pensaba con fruición en la muerte, ya no jugaba al billar, no bebía cerveza, ni comía hongos.

Se ambientaba a la vida familiar, se complacía en trazar planes para el futuro (en los cuales asociaba a Olga), y si visitaba a Alfredo lo hacía por el sólo sentido de la amistad, por conversar con una persona agradable.

Los padres se maravillaban con la conducta de su hijo. Eran inhábiles. No podían darse cuenta que el cambio de Leopoldo era la última gota de aceite de la lámpara.

Sólo Antonieta estaba en el secreto. Su sacrificio, pues, tenía compensaciones.

Esa tarde, próxima al mediodía, los dos muchachos empleaban el encantamiento de una hora.

Era un día plomizo, un color recién estrenado. El viento ama a esa clase de días, porque entonces puede dar rienda suelta a sus instintos. El viento corría junto a los niños, los vestía con un traje invisible. El cielo mismo lucía un traje nuevo. La naturaleza estaba pintada de nuevo. Los niños corrían veloces.

El camino pavimentado, húmedo y reluciente, tornaba peligrosa la carrera. Además, cada minuto pasaba un automóvil o un camión. Aparecían súbitamente, se echaban encima de las

bicicletas y desaparecían. La muerte arrojaba sobre los niños sus mejores armas.

Pero Leopoldo y Olga pueden volar tranquilos. Antonieta los protege. Antonieta los defiende de la muerte.

Los chicos, sin embargo, no se lo agradecen. No saben de dónde proviene esta custodia.

Leopoldo se coge de un camión y se deja arrastrar. Su mano que se sujeta de él aumenta de peso. Le hormiguea. Sus pies no se ven de tan rápido que dan vueltas.

Olga queda atrás muy luego. Pronto es un punto negro al fondo de un cielo plomizo. Es una paloma que vuela por ese cielo. Una paloma. El cielo se carga de nubes, se pone negro, anuncia la desgracia. La paloma es blanca. La paloma transporta la muerte. La paloma va a alcanzar a Leopoldo. La paloma va a posarse en su hombro.

Leopoldo se estremece de pavor. Sabe que le fusilarán por la espalda. La muerte tira al blanco.

¡Ah! Ahora Leopoldo ya no se intranquiliza. Todo marcha maravillosamente. Al frente queda la quinta del tío Alfredo. ¿Del tío Alfredo? ¿Del tío Leopoldo? Es igual. Ahí encontrará unos brazos que le servirán de refugio.

No. No. Es mentira eso. Al frente también queda la muerte. Al frente suyo, en una quinta, hay un señor que le espera para hablarle de viajes. Y el viaje es la muerte, es el adiós a la familia, la muerte.

Nuevamente a Leopoldo le sitian dos peligros. Atrás, una paloma vuela para darle alcance, para darle la muerte. Al frente, un señor la espera para matarle también.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Dios mío?

Leopoldo vacila, agacha la cabeza. La bicicleta rechina, se tambalea: Leopoldo se ha soltado del camión.

Va solo. Guiado por su voluntad y sus presentimientos. El camino se bifurca. Leopoldo toma al azar uno de los dos y llega a la casa de Alfredo.

Este lo recibe con alegría. No se asombra de la palidez que se ha puesto encima de la propia palidez en el rostro.

Le pregunta por Olga.

¿Por Olga? ¿Quién es Olga?

—Olga se quedó atrás, responde. No puede correr tan ligero como yo.

Alfredo celebra su triunfo. Le hace pasar. Leopoldo se derrumba en una silla. Se quedan en silencio. Miran al camino. aguardan a Olga para conversar los dos. Olga es el pretexto.

El camino no entrega a Olga. La casa, como he dicho, está construída sobre cierta altura y domina una buena parte del camino que reluce. Recto impecable, el camino se extiende hasta el infinito, divide a la tierra en dos partes, como una raya en el peinado de la tierra, porque la tierra se pcina al lado, ya lo sabéis.

Olga no viene, Olga no aparece.

Alfredo interroga a Leopoldo sobre su retraso.

—¡Qué sé yo!, responde el joven. Yo la adelanté muchísimo. Por otra parte, se puede haber detenido a «descansar».

Pronuncia estas palabras sarcásticamente, fanfarronamente, con presunción. Alfredo le reconoce.

Pasa un cuarto de hora. Alfredo es ahora un tío que se intranquiliza por la suefte de su sobrina.

—Vamos a buscarla, dice. El camino está húmedo, resbaladizo y puede haberse caído. Además, hay un movimiento «loco» de automóviles.

Leopoldo le mira.

—Está bien, dice. Vamos allá.

Echan a andar por el camino. Leopoldo va feliz al lado de ese hombre. Reconoce en él a su propio tío Leopoldo y cree que va andando con él, por el camino, para siempre.

Olga no aparece por ninguna parte.

—Es curioso, murmura intranquilo Alfredo.

Leopoldo también se intranquiliza; se acuerda de la paloma.

Además, no es admisible la suposición que la chica hubiese regresado a su casa.

Pero el camino se muestra inescrutable. Es desconsolador el momento.

Regresan a la casa. La tarde ha fracasado. Así lo comprende Leopoldo que se despide de Alfredo y emprende el viaje de vuelta.

Por el camino se sume en un mar de cavilaciones. Sin perder el impulso inicial, va a informarse a la propia casa de la chica.

La puerta está abierta. Leopoldo sospecha algo terrible y horrible. Toca repetidas veces el timbre antes que aparezca una sirvienta llorosa.

—¡Qué ocurre, santo Dios!, exclama Leopoldo.

La sirvienta no atina a explicarle. Solloza desconsoladoramente.

—La chica, dice entre estertores, la chica... la mató un «auto». La tienen en la Morgue... Le hacen la autopsia.

Leopoldo se queda paralogizado. A la sirvienta es imposible sacarle otra palabra. Trepa en su bicicleta nuevamente. Corre a la Morgue. ¿Cómo tiene valor para tanto?

Llega. Ahí encuentra a la familia de Olga reunida en una sala. Pide explicaciones a gritos. Nadie se las puede dar.

El padre de Olga mueve la cabeza de un lado a otro, como un idiota.

¡Cosa extraña! Este detalle llena a Leopoldo de profunda satisfacción. Perdonadle, es un niño, no se puede contener. Y la alegría es para los niños una forma de expresár su tristeza.

Leopoldo piensa:

—Yo empleé en mi viaje un tiempo «record», cuarenta y cinco minutos. Pero ¿a qué costas lo obtuve? Yo tengo la culpa de la muerte de Olga. Yo la maté, yo la maté. No debí separarme de su lado.

Observa los movimientos de cabeza del padre. Instintiva-

mente los imita. Y así se están los dos, largo rato, moviendo la cabeza con la regularidad de un péndulo.

Perdonadle, es un niño, nada más que un niño.

Para la buena marcha de mi narración, explicaré aquí, brevemente, cómo sucedió la desgracia:

Ustedes recordarán que Leopoldo distanció a la chica un gran espacio de terreno, merced a la argucia de dejarse arrastrar por un camión.

La chica le vió alejarse auxiliado por esas alas. Se mortificó un tanto por la superioridad de recursos que demostraba poseer Leopoldo. Se propuso imitarle. Siguió su marcha a regular velocidad para aguardar la pasada de un automóvil. Pronto vió satisfechas sus esperanzas. Un vehículo pasó como un celaje. La chica corrió velozmente tras él. Logró por un instante equiparar la velocidad de ambas máquinas. Soltó entonces una mano del manubrio y se cogió de un saliente del vehículo. Hizo el movimiento con mala fortuna. La mano no se logró asir bien y un movimiento brusco la obligó a soltarse. La bicicleta se tambaleó con vaivenes de ebrio y la chica no pudo recuperar el equilibrio. Se vió atraída hacia la tierra. Cayó. La bicicleta saltó lejos. Un automóvil que venía detrás, a pocos metros de distancia no pudo frenar a tiempo y en tan corto espacio. Una rueda pasó por la cabeza de Olga, triturándola, arrollándola, haciéndola añicos. La chica murió instantáneamente. La bicicleta quedó intacta. Fué el único cuerpo incólume en el accidente. Los tripulantes del automóvil echaron ambos cuerpos arriba de su vehículo y llevaron el cadáver de Olga a la Morgue.

En el camino quedó una gran mancha de sangre. Esa sangre la vió Leopoldo cuando buscaba a la chica con Alfredo. Este no percibió nada. Leopoldo no quiso decirle una palabra, tratando de ahuyentar la fatalidad, tratando de alejar la desgracia, de este modo, hasta donde fuera posible.

Hablemos ahora de Antonieta y de su suicidio.

Me asusta la idea de desagradaros hablando de estas cosas, pero soy un narrador fiel y me refiero a una sección de la vida, a la sección sangre, a la sección que debe relatarse con el máximo de veracidad.

Seguro de vuestros perdones, explicaré en pocas palabras, también, para no abusar de vuestras complacencias, el trágico final de esta otra amiga de Leopoldo.

La muerte caía a su alrededor sin alcanzarle. La muerte o el desaparecimiento. Primero fué Leonor la que partió; después el casamiento de Eliana, un detalle que sólo consigno ahora y eso, ligeramente, porque en sí carece de importancia; después el trágico fallecimiento de Olga, y, por último, el propio suicidio de Antonieta. Como se ve, de las amigas íntimas de Antonieta solamente sobrevivía Carmen. A su debido tiempo, referiré la suerte que el Destino deparó a esa joven.

Leopoldo se mantenía de pie. Las otras muertes le preservaban a él de la suya. Vivía de milagro. Vivía preocupado únicamente de vivir. Las otras flores se habían marchitado para que bebiera hasta la última gota de sus vidas este narciso fanfarrón.

El veía cómo el agua disminuía su nivel y con angustia creciente consideraba que un día le faltaría su bienhechor refresco.

Había que reservar, hasta donde fuera posible, su caudal.

Se impone, pues, un ahorro para la naturaleza, una economía para el paisaje. El mirará sólo algunas cosas, hablará sólo determinadas palabras, cantará sólo ciertas canciones. De esta manera—cree—retrasará su muerte.

Antonieta le permitirá ascender otro poco con su suicidio. Ella es un lastre, lo comprende. Sin ella, Leopoldo subirá a más puras regiones.

Ella se suicidará, morirá, no escribirá cartas al juez. Sus lágrimas escriben la más hermosa y conmovedora de todas las epístolas. Su boca, sus labios, su sonrisa educada en las monjas, la firma.

Es un ser humano el que remite esas cartas a otro ser humano. Es Antonieta la que escribe a Leopoldo.

«Cuídate mucho, dice en la carta, no salgas de noche, toma las medicinas. Obedéceme ya que voy a morir. Te lo suplico. No llores por mí. Todo lo que ocurre ahora es necesario».

Esa es la carta. Su boca la firma. Su boca besa las lágrimas. La lengua suya lame un sobre invisible. La sonrisa lo transporta.

La sonrisa va por arriba de los mares, por arriba de la luna, por arriba del mismo cielo, buscando a Leopoldo. Ella le defenderá y le resguardará, pues la sonrisa de los muertos perdura a pesar de los desesperados esfuerzos de la muerte por borrarla.

Esas son sus últimas recomendaciones. Antonieta no deja nada por resolver, ningún vacío. Está tranquila.

Leopoldo queda otra vez en buenas manos. Acata las disposiciones y las órdenes y las cláusulas del testamento de Antonieta.

¡Buen viaje, Antonieta! Nadie la despide. Ya no le queda ninguna amiga. Ella es la capitana del barco que se hunde. Todos los marineros están a salvo. Ella se pasea por la cubierta. Está en el jardín. Se toma de un mástil. A sus pies hay un ancla inservible, el azadón con el que tropezaba Leopoldo cuando aun la visitaba.

Antonieta se sonríe al recordar esos incidentes.

Por costumbre, le espera en el jardín en las tardes. Sabe que nunca más volverá a encontrarse con él, pero esa misma certidumbre la obliga a quedarse ahí, compañera de las sombras nuevamente.

Como un capitán en la cubierta de su barco que naufraga, así se pasea Antonieta por el jardín.

Es la sobreviviente. Debe ir a reunirse con sus amigas íntimas. El Código de la Amistad tiene sus propias leyes y Antonieta no se atreve a infringirlas. Ella misma las redactó y no está bien que ahora las contravenga. La joven fué la redactora

de su propia muerte. Las cumplirá. Todo está previsto para que así suceda.

Su traje blanco es un sudario. Su nombre mismo es una inscripción de lápida.

Se deleita pensando en estas cosas. El deleite es hermano de la amargura. Viven en el mismo árbol. Tanto le da, por consiguiente, reírse o llorar de estas cosas.

Antonieta se estremece. La noche está fría. No es el pavor el que provoca estos escalofríos, es la helada brisa, la mirada de acero de la luna. Hace tanto frío que el frío tiene frío.

Antonieta entra en su casa. Esa es la última noche que presenciaron sus ojos, esa es la última noche que esperará a Leopoldo en el jardín.

Quiere llevarse una visión placentera de esa chica que deja ahí, en medio de las sombras. Esa joven romántica que espera a su novio. Esa joven vestida de blanco. Antonieta, en una palabra.

Antonieta entra en su casa, pero ya no es ella misma. Antonieta se quedó esperando en el jardín, eternamente. La Antonieta que penetra a la casa es una intrusa, una inoportuna, una desconocida.

¿Cómo reconocerían los padres de Antonieta a su hija en esa mujer de cabellos derramados, como una noche, sobre la espalda? ¿En esa «persona» de mirada vacía, de boca sin sonrisas?

No la reconocen. La madre, Cleopatra, deja el tejido—teje unos guantes blancos—para observarla a gusto. El padre, Antonio, abandona la Revista de Agricultura sobre una mesa.

No la reconocen. La miran en silencio. Antonieta tampoco los reconoce. Se retira a sus habitaciones, llevando tras de sí el asombro de los padres.

Afuera, en el jardín, está la verdadera Antonieta. Espera al muchacho. Le esperará siempre. La luna le hace compañía. También la luna le espera. Ambas, la luna y Antonieta, son enemigas. Se acechan. Luchan por proteger a un mismo amante

Leopoldo debe elegir una de las dos. Leopoldo elegirá la

luna. Antonieta está segura de eso. Se muerde los labios. No importa.

Ella solamente quiere servir a Leopoldo. Hay muchos caminos para llegar a ese fin.

Servirle, adorarle, perpetuarle.

La chica esculpe la estatua de su ídolo. Leopoldo se borra, se muere. Una estatua le reemplaza.

Leopoldo vuela. Antonieta se intranquiliza. Observa su vuelo dominante.

Se va a caer de tanta altura.

—No importa, dice la luna. Yo le recibiré allá abajo.

¿Cómo podrá acogerle la luna? En las aguas del mar está la luna y Leopoldo caerá al mar. Pero la luna del mar es ficticia, razona Antonieta. Es un reflejo de la verdadera luna, agrega consolándose. Sin embargo, toda su tranquilidad se disipa pronto. Leopoldo también es un cuerpo artificial, un ser sin consistencia humana, un sobreviviente. Podrá, por lo tanto, volar por el cielo y nadar por el mar, como nada y vuela la luna.

Antonieta es también una mujer irreal. Por lo menos, esa Antonieta que espera a Leopoldo en el jardín.

La verdadera Antonieta está adentro, en su dormitorio, ultimando los preparativos del suicidio.

¿Qué hace ella, pues, parada en medio de tantas sombras? Espera a Leopoldo. Es su deber. Lo cumple.

Aunque quisiese reclamar de la intrusa, de la inoportuna, de la desconocida que se ha filtrado en la vida del hogar para removerla y conmoverla, no podría.

Ella está parada en el jardín, como un árbol blanco. Es su deber. Recoger al Leopoldo que emite y proyecta en ella la luz de la luna, es su deber.

Porque ¿qué sería de la primavera si no hubiese un árbol para recibirla y qué sería de la luna si no estuviera Antonieta en el jardín para contenerla?

A la mañana siguiente, estalló la tempestad en la casa de Antonieta. El motivo fué bien simple. Los padres inquirieron a la chica sobre las razones de su cambio.

—Estás muy «rara» este último tiempo, le dijeron.

Antonieta contestó con una impertinencia.

Los padres se asombraron primeramente y en seguida quisieron imponerse. La chica subió el tono de su voz y la pelea empezó a gritos.

Sí. Los padres no reconocían a su hija. Esta que estaba frente a ellos era una intrusa, una inoportuna, una desconocida.

Antonieta se engallaba. ¿Querían conocer la causa de su cambio? ¿Querían saber toda la verdad? Pues bien, se la diría. Inventaba fantásticas historias y se las relataba a los padres, velozmente. Estos no querían creerla. Veían un rostro de heroína, una boca que se movía con rapidez. Sus oídos no querían creer lo que escuchaban. La verdad resultaba del colmo del escepticismo.

Esta mujer de blanco vestido y de suelto pelo era una cómica, un personaje del cinematógrafo del año 1913 que estudiaba sus papeles, que ensayaba su rol. No se le podía creer. Era preciso no creer la verdad.

Pero la chica daba explicaciones, aducía razones, los deslumbraba con el peso de la revelación.

Hablaba con la voz enronquecida de las ramerás. Sus padres la veían deslizarse por la habitación, sin tocar el suelo, con una copa de vino en la mano, con el pelo destrenzado, con los ojos rojos por la orgía. La escuchaban relatar cínicamente sus experiencias de burdel. Hablaba de amores pecaminosos, de amores prohibidos, de lúbricas entregas. La chica hablaba vertiginosamente. Daba los nombres de todos los hombres que la amaron.

Los padres no osaban interrumpirla. Escuchaban mecánicamente, no respiraban por temor de empañar con su respira-

ción el claro espejo, el semblante de Antonieta, y convencerse, de este modo, que todo esto pertenecía a la vida y no a la muerte.

Ya la chica no tenía más verdades que inventar. Sus sueños se habían secado.

Corrió a su cuarto cerrando con violencia la puerta tras de sí. Estaba en su camarín, descansando entre dos representaciones, maquillándose el rostro para la segunda parte del drama. Estaba sola. Había vuelto a la realidad entre dos leyendas.

Se acercó a la cajita donde guardaba el veneno, la abrió, lo sacó y lo engulló rápidamente, sin meditar en la acción que emprendía, en el acto que ejecutaba.

Antonieta se maquillaba.

Volvió a la escena. Salió de su camarín, tranquilamente. Los padres, afuera, habían adivinado, al fin, la mentira, habían entrevisto algunos fulgores de la escandalosa vida de Antonieta.

El padre—Antonio, Marco Antonio—se acercó a la chica que estaba de pie en la puerta, esperando el veredicto.

—Vete, le dijo indicando la calle. Vete, tú no eres mi hija, eres un ser infame cuyo solo contacto es asqueroso.

Antonieta inclinó la cabeza aceptando el fallo. Se resignaba a esa cruel ley de la amistad. La madre—Cleopatra—quiso correr hacia ella, pero el padre la detuvo.

La chica salió a la calle. En el jardín se tropezó con la otra Antonieta que esperaba a Leopoldo. Le hizo un amable gesto de despedida que no fué retribuído. ¡Tanto mejor!

El veneno comido le hacía arder el estómago. Sentía una ola de acero hirviendo agitarse adentro de ella, circular por sus venas, quemarle el corazón.

En la esquina de la calle tuvo ya que detenerse. Los transeúntes pasaban y pasaban sin comprender nada.

Mortal palidez cubría su rostro. Su frente estaba humedecida de sudor. Sus piernas vacilaban. Temió caer ahí mismo, y haciendo un poderoso esfuerzo logró recuperarse un tanto y seguir adelante, lentamente.

Era la suya una muerte pública, una muerte de museo.

Absurdos pensamientos la invadían. Su cerebro trabajaba, como una máquina entregada a su propio instinto. Propositiones insensatas, planes de última hora, intenciones no claras aun, cruzaban por esa máquina.

Antonieta se decía:

—Tengo que conmover al mundo, hacerlo saltar de sus goznes. Tengo que ganarle una carrera a la muerte.

Pensaba:

—¿Cuántos metros podré andar antes de morirme?

Seguía su carrera. Buscaba un cementerio que le sirviera para descansar. Lo buscaba, como buscan el suyo los elefantes heridos de muerte, como buscan el lugar donde reposan sus compañeros.

Las piernas ya no resistían más.

Al frente de ella se alzaba un edificio enorme ocupado por las oficinas de los abogados, de los ingenieros, de los corredores de comercio.

Esé era el lugar indicado.

Las sombras de la muerte la cubrían por doquier.

Antonieta volvía a encontrarse en el jardín de su casa esperando a Leopoldo. Las sombras de la noche la envolvían. Ella sabía que el joven no aparecería nunca. Ella era una muchacha corrompida que corrompía cuanto se hallaba a su alrededor. Había que denunciarse. Había que ir oficina por oficina contando su historia. Había que desquiciar a todos esos hombres normales.

Entró al edificio tambaleándose como una borracha. Ocupó el ascensor. A su lado, en la caja de la muerte, iban hombres sonrientes, satisfechos de sí mismos, preocupados de sus negocios.

Fué un viaje encantado.

Antonieta subía a la muerte por el ascensor. Subía a su muerte.

Sonreía.

Se dobló hacia adelante suavemente, lentamente, en silencio, como un juncó doblado por la brisa.

Antonieta moría para proteger a Leopoldo. Moría por amarle demasiado.

El ascensor seguía su marcha al cielo, llegaba al cielo. Iba en pos de un premio para sus fatigas, de un descanso eterno.

Ya Antonieta no estaba sola. La acompañaban sus amigas íntimas en este trayecto aéreo. Conversaba.

Sus compañeras le hacían bromas, le decían que Leopoldo se casaría con ella y que fundarían un hogar feliz y próspero.

Antonieta se encantaba y se conmovía con esos anuncios.

Pero, ya sus compañeras no hablan de Leopoldo; hablan de negocios. Ya no son sus compañeras, son hombres cualesquiera que van en un ascensor.

¿Por qué conversan? ¿Por qué han cruzado las líneas telefónicas? ¿Por qué han interrumpido su coloquio, admirable, su diálogo espléndido, con sus compañeras?

Antonieta ha caído al suelo. Ha muerto.

Todos los ocupantes del ascensor, se precipitan a recoger un cadáver.

Antonieta murió en el ascensor. Falló su intento de conmover a los oficinistas. Murió como había vivido, contentándose con las quimeras, sin realizarlas nunca.

Murió entre el segundo y el tercer piso, aunque otros aseguran que el deceso ocurrió entre el tercero y el cuarto.

(Concluirá).